

S e r i e H i s t o r i a

Cervantes

Biografía razonada

Manuel Lacarta

Stlex

CONTENIDO

ESTE QUE VEIS AQUÍ	9
ESPAÑA EN TIEMPOS DE MIGUEL DE CERVANTES	15
UNA FAMILIA DE CONVERSOS	23
... Y DE MALA VIDA	31
LAS EXPERIENCIAS DE ITALIA	43
SOLDADO MUCHOS AÑOS	49
... Y CINCO AÑOS Y MEDIO DE CAUTIVO	61
CON LAS INSIGNIAS DE SU LIBERTAD	71
CERVANTES, DRAMATURGO	77
CONVERSACIONES DESHONESTAS Y MATRIMONIO	85
A LA MODA DE ITALIA: <i>LA GALATEA</i>	95
EL ALEJAMIENTO DE ESQUIVIAS	111
CERVANTES SE HACE PUBLICANO	117
CON NUEVO OFICIO EN GRANADA.	
EL EPÍLOGO ANDALUZ EN SEVILLA	133
VIDA Y LITERATURA: LOS AÑOS DE MADUREZ	143
EN UN LUGAR DE LA MANCHA: <i>EL QUIJOTE</i> DE 1605	151
LA ESTANCIA EN VALLADOLID	169
EL MANCO SANO, EL FAMOSO TODO, EL ESCRITOR ALEGRE	177
LAS <i>NOVELAS EJEMPLARES</i>	183
OCHO COMEDIAS Y OCHO ENTREMESSES NUNCA REPRESENTADOS	201
CUENTA CIDE HAMETE BENENGELI: <i>EL QUIJOTE</i> DE 1615	217
ALGO CARGADO DE ESPALDAS, Y NO MUY LIGERO DE PIES	237
UNA HISTORIA SEPTENTRIONAL: <i>EL PERSILES</i>	245
BIBLIOGRAFÍA	265

ESTE QUE VEIS AQUÍ

Este que veis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada, las barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro; los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes ni menudos ni crecidos, porque no tiene sino seis, y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño; la color viva, antes blanca que morena; algo cargado de espaldas, y no muy ligero de pies. Este, digo, que es el del rostro del autor de *La Galatea* y de *Don Quijote de la Mancha*, y del que hizo el *Viaje del Parnaso*, a imitación del de César Caporal Perusino, y otras obras que andan por ahí descarriadas, y quizá sin el nombre de su dueño, llámase comúnmente Miguel de Cervantes Saavedra. Fue soldado muchos años, y cinco y medio cautivo, donde aprendió a tener paciencia en las adversidades. Perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo; herida que, aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos ni esperan ver los venideros, militando debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra. Carlos V, de feliz memoria.

(Miguel de Cervantes Saavedra: "Prólogo al lector",
Novelas ejemplares, Madrid, 1613).

Toda biografía de Miguel de Cervantes vive al calor del *Quijote*; sin su libro, nada o muy poco nos hubiera interesado este Miguel de Cervantes hijo de Rodrigo de Cervantes y de doña Leonor, ex soldado, ex cautivo y poeta fracasado, escritor conocido hasta entonces en letra impresa, además de algunas comedias "sin el nombre de su dueño", solo por un único volumen de 375 folios en 8, los seis libros de la Primera Parte de *La Galatea*, que quiso retomar en la vejez en segundas partes, aunque no hay constancia de que lo hiciera; y criado del Rey, de Felipe II y, también, de su hijo, el tercer Felipe.

Ahora bien, ¿es posible una biografía distinta de Miguel de Cervantes a la que de modo recurrente se nos antoja, más que un intento de acercamiento al hombre, una estampa con regusto de época y los tópicos de la literatura mayoritaria de una parte del Siglo de Oro español en los que todo caballero ha de ser esforzado, ejemplar y heroico?

Bien mirado, que sea aquél el autor del *Quijote* y don Quijote de la Mancha su carta de presentación en sociedad, nos deja satisfechos del alto grado de humanidad autónoma que ha alcanzado, no ya el libro, sino el personaje; sabido es cómo son más los “quijotistas” que los “cervantistas”.

Se da, sin embargo, una absoluta indefensión del creador con respecto a su obra más señalada, la que le salva para poder seguir escribiendo con garantía ahora de algún éxito, pero a la vez le impide proseguir adelante sin ataduras: detrás de Miguel de Cervantes siempre está don Quijote, haciéndole sombra; y, a lo que parece, este don Quijote de la Mancha es la única voz autorizada por consenso de Miguel de Cervantes, aunque el escritor es quien debiera poder refutar hechos y palabras, enmendarlos, sostenerlos; no un personaje que, de tan universal, surge autónomo, sin lazos y en rebeldía, hasta escapar incluso del libro que lo contiene.

Ni las *Novelas ejemplares*, ni las comedias y los entremeses, tampoco el *Viaje del Parnaso* ni el *Persiles*, la continuación vital del *Quijote*, pues Cervantes no se sentía autor de un único libro, resultan, por separado o todos juntos, addenda de intenciones literarias a éste: suponen, a lo sumo, una hoja más en su corona de laurel; son sus hermanos pequeños. Ningún libro nuevo consagra a un Cervantes ya consagrado con las andanzas de Alonso Quijano, y eso que él ha de preferir el *Persiles* como auténtico libro que es de caballerías: lo considera capaz de competir con la *Ethiopica* de Heliodoro; y, cuando en 1613 enumera sus obras en el “Prólogo al lector” de las *Novelas*, cita *La Galatea*, el *Quijote* y el *Viaje del Parnaso*; no tiene tan reducida idea de sus méritos.

Todo parte de un malentendido o de una idealización del asunto libresco: queremos a Miguel de Cervantes hecho a la viva imagen de don Quijote, y hasta en edad y porte se nos apetecen uno mismo; y, ello, pesa sobremanera a la hora de trazar su biografía “oficial” o, como efecto contrario, ningunearle haciéndole partícipe de todas las infamias, las taras, los vicios execrables de su tiempo. Dos derroteros igualmente equívocos.



Retrato ficticio de Miguel de Cervantes del pintor Juan de Jáuregui.
Real Academia de la Historia. Madrid

Don Quijote encarna el espíritu nacional, pero el suyo es un nacionalismo transgresor y minoritario; también en Miguel de Cervantes. Con todo, el espíritu de una nación es, además, cambiante: varía en función no de cómo somos sino de cómo queremos entendernos. Tal es así que si el *Quijote* surge como libro con un personaje protagonista socialmente apartado, misógino e introvertido, ocupado en una tarea inhabitual en su tiempo, la lectura: un “héroe” en constante litigio, hoy lo hemos asimilado hasta convertirlo en modelo racial del ser hispano.

Otro tanto ocurre con Miguel de Cervantes, sobre el que se ha querido hacer recaer todas las sospechas, pero que, ciertas unas, falsas otras, no resulta cómodo a la España oficial y mayoritaria de su tiempo, de la que hubo de huir en diciembre de 1568 tras un lance con sangre, y tan ello es así que, a su regreso del cautiverio, no recibió premio a sus méritos de soldado heroico y rescatado; ni tan siquiera le fue permitido pasar a Indias ninguna de las al menos dos ocasiones que lo solicitó, en 1582 y en 1590. Cuando en 1610, ya escritor de alguna fama, quiso el puesto de secretario del conde de Lemos en Nápoles, en su lugar fue uno de los Argensola.

Acerca de otro aspecto, el de su origen, resulta curioso referir, ya de entrada, que tanto él como su padre ejercieron actividades reservadas hasta 1492 a los hispano-hebreos, y después a los conversos, como muy bien recuerda Américo Castro: Rodrigo, la de un cirujano menor, además de las de alcahuete de su propia hija, Andrea de Cervantes, y usurero; Miguel, la de contador o alcabalero. Y es este aspecto, el de su origen, uno de los que más hondamente ha de influir en su vida; tal vez, marcar el rumbo de “literatura otra” en sus libros.

El temor del estigmatizado permanece siempre en él, como algo racial, y resulta inevitable como en todo descendiente de judíos y conversos su necesidad de ocultación, toda vez que se evidencia el odio a cuanto motiva la situación misma, la injusticia, que, por extensión, alcanza a toda minoría oprimida.

A este hecho que lo distancia de la sociedad, con el mismo resultado excluyente, cabría añadir otro, solo posible, del que fue acusado ya durante el cautiverio argelino: el de la práctica de lo que se dio en llamar “pecado nefando”, es decir, las relaciones homosexuales; pero los argumentos expuestos por otro cautivo, el dominico Juan Blanco de Paz, no prosperaron; antes bien, el propio Miguel le ganó por la mano exigiendo una información de la que salió bien librado.

Que el propio Cervantes quiso quedar al margen de vanidades, pero en modo alguno candorosamente, resulta fácil de constatar: acerca de su vida apenas escribió él mismo unas líneas de compromiso al frente de las *Novelas ejemplares*, no para rebatir a otros, sino para no quedar fuera y sin retrato, justo cuando ello parecía indispensable compromiso a tenor del éxito alcanzado con su historia bufa del caballero andante; y si dejó otras noticias en sus libros, éstas han de interpretarse con cautela, pues, sobre todo, no podemos

confundir la realidad del escritor con la verdad de los libros. Incluso, lo que refiere el autor en el “Prólogo al lector” de las *Novelas* hemos de entenderlo dentro del amplio margen a que se presta para el escritor el ejercicio de la literatura, es decir, el de la imaginación. Lo que refiere de sí, que no se aparta de los más trillados lugares comunes, ¿responde a cómo es objetivamente o, por el contrario, a cómo quisiera verse y ser visto?

Ese ser y deber ser es cuanto mueve a la literatura; pone unas fronteras que ya viene señalando el aristotelismo más canónico en su preceptiva cuando refiere a qué debe imitar el arte, es decir, cómo el arte se debe plegar a la vida, y, por de pronto, las palabras de Cervantes acerca de sí mismo, según nos dice, no tienen otra intencionalidad que la de darle rostro, darse un rostro, y para ello recurre a un juego de espejos que anticipa al mejor Velázquez: sus palabras son el pie de página como para un retrato de Jáuregui. También esa constante preocupación por el aspecto de las cosas le coloca dentro de una tradición oriental en la que el sentido último de cada una de ellas va ligado, más que a su sustancia, a la percepción subjetiva, interesada, del espectador: la realidad aquí nunca es, pues, absoluta.

Si uno repasa la bibliografía cervantina que se ha ido generando, fácilmente comprobará que toda ella gira alrededor del *Quijote* y don Quijote; su vida, la de Cervantes, diríase investigada y escrita con mayor o menor fortuna para colocarse a modo de frontispicio convencional y en buen uso de una edición más del *Quijote*; pero el límite del Quijote se halla en la propia obra que escribió Cervantes, y los límites de Cervantes ignoramos cuáles pudieron ser en su tiempo.

Nos interesamos por Cervantes, autor del *Quijote* y “padre” de don Quijote, pero nos interesa reducido a un solo objeto; y, en alguna medida, pues, cabe la duda de si no fuese conveniente en una biografía de Miguel de Cervantes trazar previamente la de la corta vida de don Quijote cuando deja de sentirse Alonso Quijano. Hasta la fecha, se ha venido haciendo al revés: el prólogo de cada libro, su solapa cuando menos, es la semblanza del autor; pero, si entendemos a don Quijote junto a Cervantes, como su inseparable, ¿no convendría decir que éste engendra, si no a Miguel de Cervantes, sí la resolución del escritor de dotarse de una imagen pública que hasta entonces rehusó tener?

Correspondiendo a este paralelismo, la imagen dubitativa de Alonso Quijano, Quejana, Quesada, Quijada o Quijana, adquiere también nueva